LUIS MARIANO DE LARRA

LA AGONÍA

JUGUETE DRAMÁTICO

en un acto y en verso, original

OCTAVA EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

325

LA AGONÍA

LA AGONÍA

JUGUETE DRAMÁTICO

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

LUIS MARIANO DE LARRA
1830-1901

OCTAVA EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

A Mr. A. de Lamartine

C'est à vous, Monsieur, que je dèdie l'ouvrage dont vous avec bien voulu vous faire le Mentor. *J'avais senti à Colon vivre dans mon cœur et dans ma pensèe, vous l'avez fait grand et poétique dans la* Vie des grands hommes *et je dois à vous plus qu'a moi memme le succês de cet etude.*

Veuillez croire aux sentiments respecteux de mon amitié, en suvenir de votre petite maison de la rue de la ville de l'Evéque, *â París.*

Toujour: à vous, votre poëte espagnol.

Luis Mariano de Larra.

París, 15 de Agosto de 1860.

La gloire est vite abattue;
l'envie au sanglant flambeau
n'epargne cette statue
qu'assise au seuil d'un tombeau!

VICTOR HUGO.

.....Colon fut fidele à cette promess, qu'il garda toujours ses chaines suspendues suos ses yeux dans ses deméures, et dans son testament il ordena qu'elles fussent enfermées avec hui dans son cercueil.

.....Ses fils sans heritaje; le doute sur le sorte de sa mémoire parmi les hommes a venir; cette agonie du génie méconnu; toutes ces tribulations de ses membres, de son sprit, de son corps, de son ame, du passé, de present, de l'avenir, peserent à la fois sur le vieillar abandonné dans sa chambre de Ségovie pendant l'absence de ses freres et de ses enfants. Il demanda à un de ses serviteurs, vieux et dernier compagnon de ses trasversées, sur sen lit un petit breviaire, don du Pape Alexandre VI dans le temps ou les souverains le traitaien en souverain. Il ecrivit, de sa main affaiblie, son testament sur une page de ce livre auquel il atribuait une vertu de consecration divine.

Etrange espectacle! Ce vicillard, abandonné de l'univers et couché sur un lit d'indigent dan une maison d'emprut de Ségovie, distribuait, dans son testament, des mers, des hemisferes, des iles, des continents, des nations, des empires!

.....La resignation et l'enthousiasme, ces deux ressorts de sa vie, ne lui maquerent pas à sa mort.

.....L'envie et l'ingratitude de son siècle et de son souverain s'evanouiren avec le dernier soupir du grand homme, dont ils avaient fait leur victime. Les contemporains semblent pressés d'expier envers les morts les persecutions qu'ils ontrinfligées aux vivans. On fit à Colomb de royales funérailles!!

A. de Lamartine.

Vie de Colom.

PERSONAJES

CRISTÓBAL, 71 años.

JUAN PAREO, 30 años.

GIL, 60 años.

UN ALCALDE.

AÑO DE 1506.

ACTO UNICO

El teatro representa una habitación abohardillada y miserable; en el foro un Crucifijo de madeia toscamente trabajado. Dos sillas de roble. Una ventana con vidrieras, por la que se ven los edificios de la calle. A la izquierda una puerta desquiciada. En la pared, y al lado de la puerta, una espada, y colgados en un clavo un manto de púrpura y un cetro de oro. En la pared de enfrente dos cadenas largas de hierro, que tocan al suelo. En el proscenio, a la izquierda de la ventaua, un colchón y una manta obscuros. Otra puerta a la derecha, sin hojas. Una mesa de roble, sobre la que habrá planos y un breviario pequeño. Un velon de cobre, encendido, y con la pantalla vuelta hacia el público. Es de noche. Al levantarse el telón aparece Gil sentado al lado de la mesa, durmiendo. Pausa grande antes de empezar.

ESCENA PRIMERA

GIL. Se oyen las nueve en un reloj de torre lejano. A las tres o cuatro campanadas se despierta

¡Ah! ¡Rindióme a pesar mío
el sueño!... ¡Sin duda alguna
me habrá llamado!... ¡Qué noche!
(Levantándose y mirando a la izquierda.)
Cae a torrentes la lluvia,
y el viento que brama airado
da en la ventana y la empuja.
¡Quién me diera esta borrasca
allá en las aguas de Cuba,
rizando velas al aire
medio envuelto entre la bruma!

Allí al menos, en los palos,
cuando las olas se cruzan,
ve uno venir la tormenta
y sobre ella se columpia.
¡Pero aquí!... ¡Polvo que ciega...
horrible calor que abruma...
truenos que se oyen apenas
y gotas de agua que ensucian!...
¡Las nueve y ya van pasados
tres días de eterna angustia!
¡Cuánto tarda!... Siento ruido...
(Con rapidez.)
¡Es él! Sin duda ninguna!...
(Corre a la puerta, que abre. A poco aparece en el umbral Juan embozado; entra, tira la capa y el sombrero en una silla.)

ESCENA II

GIL y JUAN, de camino

Gil ¡Entrad!
Juan (Con interés, mirando la escena.)
¿Duerme?
Gil Reza.
Juan ¿Reza?
Hace bien, si Dios le escucha.
Gil Triste venís. (Examinándole con ansiedad.)
Juan Triste vengo.
Gil ¿No hay esperanza?
Juan ¡Ninguna! (Pausa.)
¡Pluguiera al cielo, que sordo
le negó en Sevilla ayuda,
que los muros de Segovia
no traspasáramos nunca!
¡Pluguiera a Dios que al echarnos
a la playa de Sanlúcar,
muerte las furiosas olas
me dieran y sepultura!
Allí al menos, sucumbiendo,
fuera nuestra gloria mucha,
que para el pobre marino
el mar es su patria única.
Gil Siempre fuerte vuestro pecho
vi a la contraria fortuna,
siempre tardos vuestros labios
a las quejas y a la duda.

De ellos han salido siempre
esperanzas oportunas;
¿por qué vuestra voz hoy suena
menos serena que nunca?

Juan ¡Mas pronto la fe se pierde
que sin resultado lucha
cuanto más serena el agua
más fácilmente se enturbia!

Gil Pero... ¿está todo perdido?
(Con temor.)

Juan Cuando mi boca está muda,
cuando después de esta ausencia
nada mi rostro te anuncia,
¿no comprendes, pobre viejo,
que no hay esperanza alguna?

Gil Y... ¿qué vais a hacer?

Juan ¿Acaso
lo sé?

Gil (Bajando la voz.)
¡Su estado me asusta!
En estos días, don Juan,
es otro hombre: la dulzura
de su voz, siempre elocuente,
se trocó en ronca y confusa,
su resignación se acaba
y su carácter se muda.
Si lo decís...

Colón (Dentro.) ¡Gil!

Juan (Con rapidez.) ¡Silencio,
ni una palabra!...

Gil La única
será anunciar vuestra vuelta.

Juan ¡Gracias... maldita fortuna!
(Le da la mano, Gil se va por la derecha.)

ESCENA III

JUAN

¡Era la última esperanza
y en balde mi fe procura
fingir esperanzas nuevas
que nazcan tras de la última!
¿Qué hacer, y cómo engañarle
de nuevo, y cómo a la inmunda
realidad prestar colores
de ilusiones y ventura?

¿Cómo vestir un cadáver
de espléndida y rica túnica,
si por entre pliegues de oro
la faz asoma insepulta?
¡Y ello es fuerza! Yo no puedo
aumentar su desventura
diciéndole la verdad,
siempre amarga al que la escucha,
ni engañarle me es posible
tampoco, si oigo su súplica.
(Se abre la puerta de la derecha y aparece Colón.)
¡El es!... Dios eterno, inspírame!
(Mirándole.)
¡Oh, qué mudanza tan súbita!

ESCENA IV

COLON, JUAN y GIL. Entra Colón apoyado en Gil. Juan se adelanta y baja la cabeza sin poder hablar apenas

Juan Señor...
Colón ¿Qué es eso, qué tienes?
(Abrazándole. Breve pausa.)
¡Comprendo por qué estás triste;
con esperanzas te fuiste
y sin esperanzas vienes!
Juan No tal, mejora el destino...
tal vez mañana...
Colón (Interrumpiéndole.) ¡Mañana!
¡Siempre esa palabra vana
se ha interpuesto en mi camino!
«Yo daros un mundo quiero»,
en voz alta les decía,
y «mañana» repetía
el viejo mundo en que muero.
Y hoy que ese mundo les dí,
tú que fuistes a buscar
para Colón un hogar
me traes un mañana a mí.
¡Raza orgullosa y liviana
bajo cuyo ambiente estoy,
si no sabes lo que es hoy,
¿qué sabes lo que es *mañana?*
¡Gil, déjanos!
Gil (Aparte a Juan.) ¡Por piedad!
Juan (¡En tres días, qué cambiado!)
(Señalando a la derecha.)

Gil (¡Allí estoy!...)
Juan (Pierde cuidado.)
Gil (Si algo os ocurre, llamad...)
(A una mirada de Colón, Gil se inclina y sale.)

ESCENA V

COLON y JUAN, que permanece sin determinarse a hablar y algo retirado

Colón Habla y perdona a un anciano
que, pequeño y miserable,
con la justicia te hable
propia del linaje humano:
yo que de todos me quejo,
soy hoy como ellos, injusto;
perdóname si un disgusto
te dió este orgulloso viejo.
Juan ¡Oh, señor!
Colón Hace tres días
que te fuiste de mi lado;
en ellos se han aumentado
mis realidades sombrías.
En ellos, lejos de aquí,
por última vez, don Juan,
tú, testigo de mi afán,
has ido a implorar por mí.
En ellos por vez primera
no ví del mundo a través
ni un rostro amigo a mis piés
ni el tuyo a mi cabecera.
Tú, que al partir te llevaste
mi postrera voluntad,
y en la horrible soledad
de mi alma me dejaste;
dime, como última gracia
hecha a las desdichas mías,
¡qué has hecho en esos tres días,
más largos que mi desgracia!
Juan Alcanzando a vuestro hermano
que hacia su casa camina,
a dos leguas de Medina
puse la carta en su mano;
y apenas la hubo leído,
«aquí espero hasta mañana
»a la reina doña Juana»,
me contestó decidido.

Llegó la reina ayer tarde,
que mal a cumplir se ajusta
lo que de su madre augusta
pude aprender...

Colón (interrumpiéndole.) ¡Dios la guarde!
(Pausa.)

Juan A sus piés arrodillados
vuestro hermano y vuestros hijos,
en ella los ojos fijos
tuvimos todos clavados.
«¿De quién es tal petición?»
dijo—y yo contesté osado:
«Ese pliego que os han dado
»es de Cristóbal Colón.
»Por él no tiene rival
»España, desde que él vive;
»perdonadle si os escribe,
»señora, de igual a igual.»
Sordo murmullo impaciente
vino a zumbar en mi oído,
entre el aire corrompido
de aquel cortesano ambiente,
mientras la reina exclamó
con su orgullo de mujer:
«Nada puedo conceder
»al que es tanto como yo.»

Colón (Dominándose.)
¡Sigue!

Juan Ciego de coraje
Alcé la carta del suelo,
tomé por testigo el cielo
de mi dolor y su ultraje,
y a Segovia me volví
para deciros: «¡Señor,
»tal vez os fuera mejor
»no haberme mandado a mí!»

Colón (Con fingida calma.)
Mi carta...

Juan (Dándosela.) Vedla.

Colón ¡Esta es!
(La mira y la rompe tranquilamente, mientras Juan se arrodilla delante de él.)
¡Pobre papel que encerraba
una vida que se acaba!
Don Juan, ¿qué hacéis a mis piés?
(Levantándole.)

Juan Pediros, señor, perdón:
tal vez sin mi inadvertencia

tenido hubiera clemencia
aquel regio corazón:
tal vez mi necia impericia
aumenta vuestra desgracia...

Colón ¡Nunca debe pedir gracia
quien puede pedir justicia! (Pausa.)
(Conmoviéndose.)
Cuando... la Reina Isabel
grande... y santa y... ¡ya olvidada!
después de arrancar Granada
de las manos del infiel,
ver supo en mi frente impresa
mi esperanza y mis dolores,
y con sus joyas mejores
quiso proteger mi empresa,
ella misma me juró
en mi faz sus ojos fijos,
velar siempre por mis hijos
si un mundo le daba yo.
(Con orgullo)
Y yo ese mundo le dí...
y ella misma en Barcelona,
me juró por su corona
darme cuanto le pedí.
Ella, por mí procuró;
ella, consoló mis penas
cuando con esas cadenas
(Señalando a las que están colgadas en la pared.)
Colón a España volvió.
Y ella a la envidia traidora
responder supo arrogante.
(Conmovido.)
«Yo por mi gran almirante
»salgo siempre fiadora.»
¡Oh, Reina y señora mía!
¡Tú, a quien ya no puedo ver;
tú que supiste leer
en mi alma el primer día:
tú, que fiada en tan poco,
crédito diste fecundo
al que la ciencia y el mundo
llamaba estúpido y loco,
dime si es justo que España
vea morir a Colón
en el prestado rincón
del hombre que le acompaña;
dime si es mucho pedir
a quien me debe escuchar,

un rincón donde llorar
y un lecho donde morir!

Juan ¡Oh! Si vos no halláis piedad
yo diré al trono que un día
ante vos su frente hundía
de impotente majestad,
que Dios os hizo el hermano,
de la que en el solio brilla,
que si es Reina de Castilla
vos sois rey del Oceano!
Yo a la nobleza envidiosa,
y yo a la ciencia impotente,
iré a pedir que alimente,
vuestra vejez generosa.
Y si sorda a mi clamor
la fortuna y el poder,
y la ciencia y el deber
no quieren darme favor,
saldré por calles y plazas
en altas voces gritando
y con ellas despreciando
cortesanas amenazas:
«¡Castellanos, compasión
»de mi tristeza y mi afán!...
»¡Dadme un pedazo de pan
»para Cristóbal Colón!» (Pausa.)

Colón ¡Es tarde!

Juan ¡Nunca lo es
para apoyar un derecho!

Colón Y cuando tú lo hayas hecho,
¿qué debo yo hacer después?
¿Recibir como un cobarde
de manos de un enemigo
lo que le dan a un mendigo?
¡Es tarde, don Juan, es tarde!

Juan ¡Oh! ¿Por qué mirais perdida
vuestra constante arrogancia?

Colón ¡No me falta la constancia...
lo que me falta es la vida!

Juan (Con interés.)
¡La vida!

Colón Sí, ven acá.
¡Cuando de España salí
y a buscar mi mundo fuí,
blanco el cabello era ya!
La embriaguez de la victoria
con que terminó la lidia,
la traición con que la envidia

quiso envenenar mi gloria;
esas cadenas que un día
oprimieron... ¡esta mano
con que arranqué al Oceano
el misterio en que vivía!
esta vivienda ignorada,
(Señalando a la derecha.)
de ese viejo marinero,
que fué conmigo el primero
en ver la tierra soñada;
mi vejez y mi pobreza,
y la ingratitud del hombre,
y el olvido de mi nombre,
y el cetro de mi grandeza
labrado en otro confín,
y hoy colgado en un desván,
todo me anuncia, don Juan,
que ya ha llegado mi fin.
No quieras, pues, oponerte
al decreto del destino;
yo he cruzado ya el camino
de mi triunfo y de mi suerte.
Yo como loco tratado
y como rey atendido,
como traidor perseguido,
he cumplido la misión
con que Dios envía al mundo
al que un destello fecundo
le da de su inspiración,
ser, luchar y conseguir,
cumplidas todas están..
¡Adiós, pues!... ¡Ahora, don Juan,
déjame a solas morir!

Juan ¡Yo dejaros!

Colón (Con amargura.) ¿Por qué no?
Ya sé que me quieres bien;
pero vive tú también
para otro mundo...

Juan (Sorprendido.) ¿Quién, yo?

Colón Sí; déjame..

Juan ¡Eso es según!...

Colón Ve que es mi ruego postrero...

Juan Pero es que yo...

Colón ¡Es que yo quiero
estar más aislado aún!
(Pausa. Don Juan se dirige al foro ocultando sus lágrimas.)
¡Lloras!

Juan — Yo no he conocido
(Bajando con rapidez.)
a mis padres; yo vivía
sin nadie en el mundo, el día
que en el mar os he seguido.
Con vos a la India llegué, (1)
en vuestra ciencia creí,
vuestras penas compartí,
con vuestros triunfos gocé.
Preso vos, os seguí a España;
libre vos, de vos en pos
crucé el mar, y no hubo en vos
pena a mi cariño extraña.
Y como a su padre el niño,
como a su Dios el cristiano,
como el hermano al hermano,
mi sangre os dí y mi cariño.
(Conmovido.)
¡Oh! ¿Por qué me exigís vos
con egoísmo insensato,
que yo os abandone ingrato
si sois mi padre y mi Dios?
¡Oh! no oiréis mi voz de hoy más
que presta estéril consuelo,
sordo seré a vuestro duelo,
no os molestaré jamás.
¡Pero dejad a mi amor
que se una a vuestro destino,
como a su barco el marino,
como el perro a su señor!
¡Dejadme cabe ese lecho
ahogar de mi afecto en mengua
el consejo de mi lengua
y el suspiro de mi pecho!
Y cuando la eterna calma
que a goces sin fin convida,
de la cárcel de la vida
rompa la prisión vuestra alma,
¡dejad que a vuestros agravios
respondan mis ojos rojos,
dejad que sobre esos ojos
sólo yo ponga los labios!
(Oculta la frente en las manos de Colón, que lo abraza enternecido.)

---

(1) Así se llamaba a la tierra descubierta por Colón equivocadamente por doctos e ignorantes, e «indios» a sus moradores.

Colón ¡Hijo mío!... ingrato fuí:
perdóname...
Juan Yo... señor...
Colón Desde hoy me entrego a tu amor;
¡haz lo que quieras por mí!
Juan ¡Oh! gracias, y ya podré
defenderos y vengaros.
Colón ¿Para qué?
Juan Para tornaros
a la vida y a la fe.
Colón No te oirán...
Juan ¡Yo me haré oir!
Colón Las puertas te cerrarán...
Juan Yo las abriré.
Colón No, Juan.
Juan Aun espero conseguir...
Colón ¿Qué pretendes?
Juan Hace una hora
que la reina doña Juana
llegó a Segovia; mañana
tal vez la envidia traidora
el paso me cerraría.
Pero puede una sorpresa
hacernos felices: esa
hay que intentar todavía.
Colón ¡Más pedir... más suplicar!...
Juan No vaciléis... decidid..
Colón ¿Qué queréis que haga?...
Juan (Con resolución.) ¡Escribid!...
Yo iré esa carta a llevar.
¡La última!... yo os lo prometo;
pero escribidla, por Dios,
con ese alma de que vos
sólo tenéis el secreto.
Cerca el alcázar está;
veré la Reina otra vez,
y antes de que den las diez
la respuesta aquí estará.
Colón ¿Verla confías?... (Dudándolo.)
Juan (Con convicción.) ¡Oh, sí!
Colón (Medio aparte.)
¡Infeliz!
Juan Me habéis jurado
dejarme hacer. ¿Me he engañado?
Vamos... un momento... ¡Aquí!..
(Le ayuda a sentarse a la mesa y se retira al foro. Colón hace un esfuerzo sobre sí mismo y comienza a escribir.)

¡Oh, venerable cabeza,
(Desde lejos.)
donde ha vivido constante
el pensamiento gigante
que ya a abandonarte empieza:
mi voz ignorada y sola,
pudiendo más que la suerte,
va esta noche a devolverte
tu inmarcesible aureola!

ESCENA VI

COLON y JUAN; GIL, que se asoma a la puerta de la derecha y habla en voz baja con Juan, mientras Colón escribe

Gil ¿Está escribiendo?...
Juan Es forzoso.
(Cogiendo la capa y el sombrero.)
Gil ¿Vais a salir?...
Juan Un momento.
Déjale en este aposento
con quietud y con reposo.
Si se duerme, entonces sal.
Gil ¿Le halláis cambiado?
Juan (Con tristeza.) Sí, a fe.
Gil ¡Oh, cuando solo se ve,
se encuentra siempre muy mal!
(Colón acaba de escribir, y Gil, a una señal de Juan, vuelve a irse. Este baja al proscenio.)

ESCENA VII

JUAN y COLON

Colón ¡Mi última carta!..
Juan (Queriendo cogerla.) ¡Oh, señor,
gracias!
Colón (Sin dársela aún.)
A la Reina dí,
si la ves, que no es por mí
por quien pido su favor.
Que una promesa sagrada
reclamo, aunque no le cuadre,
hecha por su santa madre
en la Alhambra de Granada;

y que hoy, al cumplir mi afán,
si tiene mi nombre en cuenta,
libra al trono de una afrenta
en los siglos que vendrán.
Dale mi carta... ¡Esta es! (Dándosela.)
Mas su respuesta no aguardes;
si quieres verme, no tardes...
¡Que conteste ella después!

Juan No os entiendo... (Con ansiedad.)

Colón Vete ya...
Pero antes, por si en sus ojos
ves brillar nuevos enojos,
trae la carta y óyela.
(Leyendo.)
«Perseguido sin razón
por la ingratitud humana,
a los piés de doña Juana
llega Cristóbal Colón.
Su voluntad siempre fuerte
mal con su vejez se aduna,
hoy que en contraria fortuna
llama a sus puertas la muerte.
El que con su siglo en guerra
en Cuba dió à Cristo altares,
el señor de tantos mares,
el virey de tanta tierra,
en ajeno lienzo llora,
y con escaso alimento
desde un prestado aposento
habla a su reina y señora.
No favor para su duelo
a pediros se decide;
justicia para él os pide
vuestra madre desde el cielo.
Hágamela vuestra alteza,
y pues mi hora es llegada,
dadme al menos una almohada
donde inclinar mi cabeza.
Que aunque gran favor me haréis
y muriendo os le pedí,
bien vale el mundo que os dí
la almohada que vos me déis »
(Pausa.)

Juan (Enjugándose los ojos y cogiendo la carta con resolución.)
¡Oh, basta! ¡Ya veréis vos
si sé mi misión cumplir!...

Colón Vuelves... (Con temor.)

Juan ¡Oh, yo he de venir
antes de las diez! (Vase por la izquierda.)

Colón (Queriendo detenerle y dominándose.)
¡Adiós!

ESCENA VIII

COLON

Joven eres aún y haces alarde
(Animándose por grados.)
de la esperanza que tu pecho abriga
para mí, ¡pobre loco! ¡Es ya muy tarde!
Marcado está el destino
para cada mortal, y yo he cruzado
desde un extremo al otro mi camino.
¡Yo dominé del mar la onda gigante,
la cruz del Redentor clavé en la orilla,
y pobre e ignorado navegante,
traje un mundo a la Europa y a Castilla!
¿Qué me importa la bárbara cadena
con que la envidia atarazó mi cuello?
¿Qué me importa la púrpura que un día
colgó sobre mis hombros
el orgullo real ni el cetro de oro
con que mi mano al Oceano hendía?
Reyes mil puede haber, santos que imiten
en martirio y virtud a otros más santos;
pero lo que hice yo, solo... y en guerra
con la ignorancia humana,
¿qué más puedo pedir? ¡Ni hoy ni mañana
habrá más que un Colón sobre la tierra!
¡Lejos de mí, materia miserable,
al lodo vuelve que brotó del suelo,
y deja al alma respirar un día
y gozar de su padre y de su cielo!
Pero... ¿y mis hijos, que vendrán sin gloria
mendigando su pan de puerta en puerta,
y no sabrán la sepultura cierta
donde deben orar por mi memoria?...
¡Oh, no! Si el mundo ingrato
morir me deja abandonado y solo,
yo marcaré su frente
con un sello de oprobio y de vergüenza
que fijo en ella esté perpetuamente...
¡Gil!...
(Gritando y manifestando su horrible estado en todo lo que sigue. Gil entra por la derecha.)

ESCENA IX

COLÓN y GIL

Gil ¡Señor!

Colón Cuando los reyes
mi amistad se disputaban,
el Papa Alejandro Sexto,
llamándome hijo en su carta,
un breviario, desde Roma,
me regaló... Esta mañana
le he visto aquí.
(Buscándole en la mesa sin encontrarle. Gil se acerca.)

Gil (Con ansiedad.) Vedle... pero...

Colón ¡Cruza tus manos y calla!
(Interrumpiéndole. Gil le mira con espanto.)
¡Libro sagrado y bendito,
por aquel que el mundo llama
Vicario de Cristo, y tiene
poder de absolver las almas;
libro que a Dios representas,
en el margen de tus páginas
va a escribir un moribundo
su voluntad soberana.

Gil ¡Señor!... (Acercándose.) (1)

Colón Gil, tu casa es ésta,
déjame quieto en tu casa,
o si tu afecto me estorba
me iré de ella...

Gil (Con rapidez y asustado.)
¡Basta!

Colón ¡Basta!

Gil (¡Y no está don Juan!... ¡Dios mío!
¿Qué hacer?)

Colón Mi cadena alcanza...
los hombres me la pusieron,
y cuando de ellos me vaya
(Gil se la alcanza.)
con ella entraré en mi Gólgota
por ver si Dios me la arranca...

---

(1) Para la conveniencia escénica, se cambia en la representación el tercer verso de la redondilla anterior por éste:

ha escrito ya un moribundo.

y durante la escena toda. Colon lee en vez de escribir.)

(Coge la cadena, se sienta en la mesa y lee lo que escribe en el libro. Gil le observa con ansiedad creciente.)

«Yo, Cristóbal Colón, que habiendo nacido en Génova, vine a servir a los Reyes de Castilla, y he descubierto al Oeste la tierra firme de las Indias, quiero que a mi muerte herede mi hijo el empleo de gran almirante de la mitad del Oeste del Océano, tirando en él una línea de polo a polo.

»Y digo yo, Cristóbal Colón, que hallándome en trance de muerte, sin más testigos de mi última hora que el marinero Gil García, en cuya casa de limosna me hallo, nombro por heredero de todos los cuantiosos bienes que los Reyes Católicos me prometieron, a mis hijos don Diego y don Fernando y a mi hermano, que con mantenerlos y ayudarlos, los libra de la miseria de su padre.

»Y dejo un millón de escudos de mis rentas por año a los Reyes de España que sucedieron a Isabel la primera, para que recen públicamente por su alma, la más grande que he conocido en la tierra.

»Y a España entera mando yo desde mi lecho de muerte, que enseñe a sus hijos a bendecir y honrar la memoria de la Reina cristiana, que vendió un día las joyas de su corona para dar a Colón las tres Carabelas con que descubrió el Nuevo Mundo.

»Y doy mi alma a Dios, que supo dármela bastante grande para perdonar a todos mis enemigos desde el mismo rincón donde muero, y atadas las manos con las mismas cadenas con que me hicieron volver a España.»

¡Gil! (Levantándose.)

Gil ¡Señor! (Con emoción y rapidez.)

Colón Cabe esas letras

(Señalándole el libro abierto.)

para una cruz hay lugar,
hazla, que te hará llegar
a donde tú no penetras.

Gil (Después de besarla.)

¡Pero... estáis malo!

Colón (Sosteniéndose apenas.) ¡No a fe;
nunca me he visto mejor!

Gil ¿Queréis que avise a un doctor?...
Colón ¡Pobre Gil! ¿Y para qué?...
Gil ¡Y don Juan, que no está aquí!
Corro...
Colón (Deteniéndole.)
Solo no me dejes.,.
Gil Vendré al punto... (Insistiendo.)
Colón ¡No te alejes,
Gil, no te alejes de mí!...
(Cayendo poco a poco en el colchón, sostenido por Gil, que está desesperado.)
Gil ¡Dios mío!...
(Dan las diez en el reloj de torre lejano.)
Colón ¡Calla, las diez!...
¡Mira qué pausadas dan,
y cómo tarda don Juan...
que tarda mucho esta vez!...
Ese libro en que escribí,
da a don Juan, si no le veo...
y haz que cumpla mi deseo...
(Se abre la puerta de la izquierda y aparece don Juan. Colón da un grito.)
¡Ah!
Gil ¡Corred!...
Juan (Tirando la capa y el sombrero.)
¡Cielos!
Colón (Cogiéndole las manos.) ¡Aquí!

ESCENA X

COLON, JUAN y GIL

Juan ¿Qué es esto?
Colón Escucha...
Juan Señor...
Colón El tiempo no malgastemos,
que aumentarlo no podemos
y aprovecharle es mejor.
Llegas a tiempo en verdad,
pues mi amor te necesita...
En ese libro está escrita
mi postrera voluntad...
Tú mismo, apenas expire...
haz que el mismo rey le vea,
y que el contenido lea,
sin que nadie más le mire...

Juan ¡Oh! (Con desesperación.)
Colón Espera; coge ese manto (1)
que fué regalo real
de don Juan de Portugal;
haz con el cetro otro tanto,
y mañana con premura
vé a venderlos a la corte...
¡En el acto, con su importe,
comprarás mi sepultura!...
En ella me dejarás
después de rezar por mí,
y ¡tenlo presente!... así
sobre la piedra pondrás:
«Hombres, mirad la lección
que os dan las humanas penas,
puesto que aquí entre cadenas
yace Cristóbal Colón.» (Con naturalidad.)
Juan ¡Oh! ¡Pero no moriréis!...
¡Gil... corre!...
Colón ¡Todo es en vano!...
Toca mi frente y mi mano...
Juan Mas... ¿qué sentís?... ¿Qué tenéis?...
Gil ¡Oh! (Llorando.)
Colón No llores, pobre viejo...
Ni tú tampoco, hijo mío...
Yo descanso.. ¡Tengo frío!
¿Por qué tan pobre te dejo? (A Gil.)
Aprende, don Juan, de mí,
lo que es la miseria humana.
¿Vió la reina doña Juana
mi carta?... (Con rapidez.)
Juan Yo la leí,
y ella misma prometió
enviarme la respuesta...
¡Vivid!...
Colón ¡Oh! ¡Cuánto le cuesta
ser pródiga como yo!
Juan...
Juan Señor...
Colón Ven a mi lado,
y no olvides lo que ves,
para que juzgues después
mi presente y mi pasado.

---

(1) En toda la agonía debe irse acabando la vida de Colón sin exagerados movimientos ni imitación de dolores agudos. La muerte es natural: tiene setenta y un años. y los actores encargados de tan difícil situación deben hacerla lo menos horrible que sepan.

¡Aquí entre sucias paredes,
sobre un colchón denegrido,
y con un traje raído,
lleno de gloria y mercedes,
hoy sin mundos y sin manto,
sin un pueblo ni un navío,
por no tener nada mío
ni aun tienen mis ojos llanto!

Gil ¡Oh!

Colón ¡Adiós!...

Juan ¡No, no puede ser!...

Colón ¡Y es sin embargo!... (Muriendo por grados.)

Gil (Abrazándole.) ¡Señor!

Colón Dejad que a un mundo mejor
vaya, en el que hay que creer.
¡Gil!... ¡Juan!... (Extendiendo las manos.)

Los dos ¡Ah!...

Colón ¡No lloréis más!...
Aquí cerca... no os mováis...
¡Adiós!... ¡Benditos seais!...

Los dos ¡Oh!...

Colón (Haciendo un esfuerzo supremo y casi levantándose, con un grito del alma)
¡Indias, ya no os veré más!... (Muere.)

Gil ¡Oh!

Juan (Llamándole.)
¡Señor!... ¿Dónde estás?... ¿Dónde?...
¡Dios mío, en tu cielo santo
recibe al que sufrió tanto
y ya a mi voz no responde!
Y tú, ingrata patria mía,
¿qué responderás mañana?
¿Qué, cuando la historia humana
cuentas pida de este día?...
(Se oyen dos golpes secos a la puerta de la izquierda. Gil sigue arrodillado. Se abre la puerta y aparecen el Alcalde y dos caballeros.)

ESCENA XI

JUAN, GIL y el ALCALDE

Alc. ¿Vive Cristóbal Colón
en esta casa?
(Pausa.)

Juan (Señalando el cadáver.)
¡Vivía!

¿La reina acaso os envía
para él con una misión?

Alc. Dióme este bolsillo de oro...

Juan ¡Un bolsillo! (Con indignación.)

Alc. Pero ya
que ha muerto el grande hombre...

Juan (Con sarcasmo.) ¡Ah!

Alc. ¡De nuestra patria tesoro,
señores, sin dilación,
la triste noticia demos,
y el entierro preparemos
del gran Cristóbal Colón!
(Vase con el acompañamiento por la izquierda.)

ESCENA XII

JUAN, GIL arrodillado

Juan ¡Grande es hoy, porque no existe!
Mañana Segovia entera
se lanzará a la carrera
que lleve tu cuerpo triste!
¡Y doblarán las campanas
dando a tu ingenio tributo,
y se vestirán de luto
los balcones y ventanas,
y ni una lágrima sola
dará a tu afligida suerte
y a tu abandonada muerte
la indiferencia española!...
¡Arreglad bien la función...
que en la fiesta nos veremos!...
¡Gil... tú y yo solos, recemos (Transición.)
por el alma de Colón!...
(Los dos bajan la cabeza y rezan arrodillados. Cae el telón pausadamente.)

FIN DEL DRAMA

NUEVAS EDICIONES

propiedad de la «Sociedad de Autores Españoles»

La agonía.—Juguete dramático en un acto, de L. M. de Larra.................. 1 peseta.

¡Una limosna por Dios!—Cuadro dramático en un acto, de J. Jackson Veyan... 1 peseta.